

Lo que más me atormenta es que veo hombres á quienes su carácter empuja hacia la felicidad. Entonces me digo: Si todos sufriesen, una compensación general, un paraíso después de la vida, me parecería de rigor. Pero los hay, dígame cuanto se quiera, los hay dichosos (por su carácter). Esos á menudo se preocupan poco del porvenir, viven imprevisores y satisfechos; aquí abajo todo es para ellos. ¿La desgracia no sería acaso más que una cruel enfermedad? ¿Y los desgraciados, apestados atacados por una llaga incurable, á quienes su organismo hace sufrir como la de los dichosos los hace gozar? Con todo eso espero, y confieso que Dios me parece tan íntimamente unido con las cosas de aquí abajo, que, en resumen, tengo confianza en Él. Inclínemos la frente, amigos. ¿De qué sirve sublevarse contra lo imposible? A veces anatomizo mis dolores, los contemplo con frialdad. La idea que domina en mí es que nada puedo.

Desde hace dos meses he vuelto á estudiar el inglés con tal energía, que leo fácilmente las poesías. *Rasselas*, mi lectura presente, es un libro prodigioso. Me propongo ir á Inglaterra y, después de algunos años, escribir en inglés. J. L.—, con quien tengo relaciones de amistad, me presta los poetas *lakistas* modernos de Inglaterra; son encantadores. He cambiado vuestro Gerandó contra un Byron en un tomo. He leído un pequeño poema, *El Sueño*, que me ha producido una impresión terrible. Una señora inglesa, que me da lecciones, me ha dicho que al cabo de dos años de permanencia en Inglaterra escribiré bien en inglés, porque, según dice, escribo ya como pocos franceses. En efecto, he traducido de L.— casi sin faltas. Es verdad que trabajo en el inglés la mitad del día.

Mis manías son siempre crueles. ¡Qué fastidio! En

fin, á todos lados hacia donde vuelvo la vista, no veo más que dolores. Mis medios de existencia son también un tormento. Trabajo ahora en escribir una biografía; pero necesito dinero, estoy en una gran necesidad.

I. G.

Cuando piensa uno que el hombre que escribió eso murió poco después, todo género de reflexiones desbordan al rededor de cada una de las líneas de esa larga carta.

¡Qué novela, qué historia, qué biografía es esa carta! No seremos nosotros, por cierto, los que repetiremos las vulgaridades convenidas; no seremos nosotros quienes exigirán que todos los padecimientos pintados por el artista sean constantemente experimentados por él; tampoco hallaremos mal que Byron lllore en una elegía y se ría jugando al billar; no seremos nosotros quienes pongamos límites á la creación literaria, y tampoco motejaremos al poeta porque se dé artificialmente tal ó cual dolor para analizar en sus convulsiones, como el médico se inyecta tal ó cual fiebre para espiarla en sus paroxismos. Reconocemos más que nadie lo que hay de real, verdadero, hermoso y profundo en ciertos estudios psicológicos hechos acerca de sufrimientos excepcionales y sobre estados singulares del corazón por eminentes poetas contemporáneos que no se han muerto. Pero no podemos privarnos de observar que lo que sobrecoge particularmente en esa carta que acabamos de citar, es que el que la ha escrito murió de ello. No es un hombre que dice: Sufro; es un hombre que sufre, que padece; no es un hombre que dice: Me muero; es un hombre que muere. No es la anatomía estudiada en la cera, ni aun en la carne muerta; es la anatomía estudiada nervio por nervio, fibra por fibra, vena por

vena, en la carne que vive, en la carne que sangra, en la carne que aúlla. Veis la llaga, oís el grito. Esa carta no es cosa literaria, ni filosófica, ni poética, obra de profundo artista, fantasía del genio, visión de Hoffmann, pesadilla de Juan Pablo; no, es una cosa real, es un hombre en una buhardilla, que escribe. Allí está con su mesa cargada de libros ingleses, con su pluma, con su tinta, con su papel, apretando líneas sobre líneas, sufriendo y diciendo que sufre, llorando y diciendo que llora, buscando la fecha del calendario, la hora en el reloj, dejando su carta, volviendo á continuarla, encendiendo su vela para seguir escribiendo; luego va á comer á veinte sueldos (un franco), regresa á su casa, tiene frío, se pone á escribir otra vez, quizás sin saber lo que escribe; pues su cerebro está tan sacudido por el dolor, que deja sus ideas caer revueltas en el papel, y desparramarse y caer desordenadas, como caen las hojas de un árbol bajo la acción de un fuerte viento.

Y si fuese permitido observar en qué estilo agoniza un hombre, habría que hacer más de una observación acerca del estilo de esa carta. Generalmente las cartas que se publican todos los días, cartas de grandes hombres y de personas célebres, carecen de candidez, de indolencia y de sencillez. Se comprende siempre, al leerlas, que fueron escritas para ser impresas algún día. M. Paul Louis Courier llegaba á hacer hasta diez y siete borradores de un billete ó carta de quince líneas. ¡Cosa rara, sin duda, y que jamás hemos podido comprender! Pero la carta de Imbert Galloix es, en nuestro sentir, una verdadera carta, bien escrita, como debe escribirse una carta, flotante, descosida, descuidada, ignorante de la publicidad que podrá tener algún día, segura de ser perdida. Es la idea que se abre paso lo mejor que puede, que se os presenta con candidez en el estado en que se halla, y que

asienta el pie por casualidad en la frase sin temor de desarreglar su pliegue. Algunas veces, lo que quería decir quien la escribió, se escapa en un *etcétera*, y os deja pensativo. Es un hombre que padece, que sufre y que lo dice á otro hombre. Nada más. Observad esto, á otro hombre, no á veinte, no á diez, no á dos; pues en lugar de un amigo, si tuviese dos auditores nada más, ese poeta, lo que hace ahí, sería una elegía, sería un capítulo, no sería ya una carta. Adiós la naturalidad, la dejadez y abandono, la realidad, la verdad; la pretensión se presentaría. Se taparía con sus harapos. Para escribir una carta semejante, tan descuidada, tan conmovedora, tan hermosa, sin ser desgraciado como lo era Imbert Galloix, por el solo esfuerzo de la creación literaria, sería preciso un genio. Imbert Galloix, que padece, que sufre, vale tanto como Byron.

Todas las cualidades penetrantes, metafísicas, íntimas, las posee ese estilo; tiene, también, lo que es notable, todas las cualidades mordaces, incisivas, pintorescas. La carta contiene algunos retratos. Varios fueron dibujados con demasiada prisa, y se ve que los modelos permanecieron demasiado poco tiempo ante el pintor; pero ¡cómo son verdaderos los que lo son! ¡Cómo todos son, generalmente, de un toque admirable, que sobresale del fondo en forma poco común! ¡Metamorfosis sorprendente, que demuestra, por milésima vez, que sólo hay dos cosas que hagan poeta á un hombre, el genio ó la pasión! Aquel hombre que únicamente tenía para las biografías una prosa bastante descolorida, y para las elegías una poesía bastante lánguida, se ofrece de repente como admirable escritor en una carta. Desde el instante en que no piensa ser poeta ni prosador, se convierte en gran poeta y gran prosador.

Volvemos á decirlo: esta carta no desaparecerá. Es

la amalgama de ideas más extraordinaria, quizás, que haya producido en un cerebro humano la doble acción combinada del dolor físico y del dolor moral. Para los que conocieron á Galloix, es una autopsia espantosa, la autopsia de un alma. He ahí, pues, lo que había en el fondo de esa alma. Había aquella carta. Carta fatal, convulsiva, interminable, en que el dolor goteó poco á poco durante semanas, durante meses; en que un hombre que se desangra, se mira desangrarse; en que un hombre que grita, se oye gritar; en la que hay una lágrima en cada palabra.

Cuando se refiere una historia como la de Imbert Galloix, no es la biografía de los hechos lo que hay que escribir, es la biografía de las ideas. Ese hombre, en efecto, no obró, no amó, no vivió; pensó; no hizo más que pensar, y á fuerza de pensar, soñó, y á fuerza de soñar, se desmayó de dolor. Imbert Galloix es una de las cifras que algún día sobrevivirán en la solución de este lúgubre y singular problema:—¿Cuánto tiempo necesita el pensamiento que no puede darse á luz, y que permanece prisionero en el cráneo, para perforar el cerebro?—Lo repetimos, en una vida semejante no hay acontecimientos; sólo hay ideas. Analizad las ideas, habréis referido lo que es el hombre. Un grande hecho, sin embargo, domina esa triste historia; *¡es un pensador que muere de miseria!* He ahí lo que París, la ciudad inteligente, hizo de una inteligencia. Esto merece meditar. En general, la sociedad tiene á veces extrañas maneras de tratar á los poetas. El papel que representa en su vida es unas veces pasivo y otras activo, pero siempre triste. En tiempo de paz, los deja morir como á Malfilâtre; en tiempo de revolución, los hace morir como á Andrés Chénier.

Imbert Galloix; para nosotros, no es solamente Imbert Galloix, es un símbolo. Representa á nuestros ojos una notable parte de la generosa juventud de

nuestros días. Dentro de ella, un genio mal comprendido que la devora; fuera, una sociedad mal asentada que la ahoga. No hay salida para el genio cogido en el cerebro; no hay salida, tampoco, para el hombre cogido bajo la sociedad.

Generalmente, las gentes que piensan y las que gobiernan no se ocupan bastante en nuestros días de la suerte de la juventud llena de todo género de instintos, que se precipita con un ardor tan inteligente y una paciencia tan resignada hacia todas las direcciones del arte. Esa muchedumbre de jóvenes talentos que fermentan en la sombra, necesita puertas abiertas, aire, luz, trabajo, espacio, horizonte. ¡Cuántas grandes cosas se harían, si se quisiese, con esa legión de inteligencias! ¡Cuántos canales abiertos y caminos indicados en la ciencia! ¡Cuántas provincias que conquistar! ¡Cuántos mundos que descubrir en el arte! Pero no, todas las carreras están cerradas ú obstruidas. Dejan que todas esas actividades tan diversas, y que podrían ser tan útiles, se amontonen, se ahoguen en callejones sin salida. Pudiera ser un ejército, no son más que una muchedumbre. La sociedad está mal preparada para los recién venidos. Todo espíritu, todo talento tiene derecho, sin embargo, á un porvenir. ¿No es triste ver á todas esas jóvenes inteligencias en medio de dificultades, con la mirada fija en la orilla luminosa en la cual hay tantas cosas resplandecientes, gloria, poder, fama, fortuna, echarse apresuradamente sobre la orilla obscura, como las sombras de Virgilio?

*Palus inamabilis unda*

*Alligat, et novies Styx interfusa coerces.*

La Estigia, para el pobre joven artista desconocido, es el librero que dice, devolviéndole su manuscrito: Procure usted hacerse primero un nombre. Es el

teatro que le dice: Créese usted fama, primero. Es el museo que dice: Procure usted, antes, tener nombra-día. Pero ¡dejadle empezar! ¡Ayudadle! Los que son célebres, ¿no fueron primero oscuros? Y, ¿cómo crearse una reputación, sea cual fuere su ingenio, sin museo para su cuadro, sin teatro para su drama y sin editor para su libro? Para que el pájaro vuele, no bastan las alas, necesita aire.

En cuanto á nosotros, pensamos que, sobre todo en materia de arte, en que un objetivo desinteresado debe apasionar á todos los genios, es deber de los que llegaron á la meta, facilitar los medios á los que están en camino. Estáis en la cima, mejor, alargad la mano á los que suben. Digámoslo para honra de las letras, en general siempre fué así. No podemos creer en la existencia real de esas especies de arañas literarias que tejen su tela, según dicen, en la puerta de los teatros, por ejemplo, y que se echan sin compasión sobre cualquier joven obscuro que pasa por allí con un manuscrito. Que se arranquen así las alas á la mosca, la fama, la obra, y hasta el dinero al desdichado poeta desconocido é impotente, para honra de cualquiera que escribe, queremos ignorarlo, si es así, y no creemos que sea exacto. Para el que escribe estas líneas, todo poeta que principia es cosa sagrada para él. Por pequeño que sea el lugar que ocupa en literatura, se apartará siempre para dejar pasar y hacer sitio al joven que comienza. ¿Quién sabe si ese pobre estudiante que codeáis no será Schiller algún día? Para nosotros, todo colegial que hace palotes en las paredes es quizás Pascal; todo niño que bosqueja un perfil en la arena, será, quizás, Giotto.

Y luego, en nuestro sentir, las generaciones presentes están llamadas á muy altos destinos. Este siglo ha hecho grandes cosas por la espada y hará grandes cosas por la pluma. Le queda el darnos un grande

hombre literario del tamaño de su grande hombre político. Preparemos, pues, las vías. Abramos las filas.

Toda grande era tiene dos aspectos; todo siglo es un binomo,  $a + b$ , el hombre de acción más el hombre de pensamiento, que se multiplican uno por otro y expresan el valor de su tiempo. El hombre de acción, más el hombre de pensamiento; el hombre de la civilización, más el hombre de arte; Lutero, más Shakespeare; Richelieu, más Corneille; Cromwell, más Milton; Napoleón, más lo *desconocido*. ¡Dejad, pues, que se desenvuelva lo Desconocido! Hasta aquí sólo tenéis un perfil de este siglo, Napoleón; dejad que se dibuje el otro. Después del emperador, el poeta. La fisonomía de esta época no quedará fijada hasta que la revolución francesa, que se ha hecho hombre en la sociedad bajo la forma de Bonaparte, se haya hecho hombre, también, en el arte. Y eso será. Nuestro siglo entero se encajará y se colocará por sí mismo en perspectiva entre sus dos grandes vidas paralelas, una del soldado, otra del escritor, una todo acción, otra todo pensamiento, que se explicarán y se comentarán sin cesar una por otra. Marengo, las Pirámides, Austerlitz, el Moskowa, Montereau, Waterloo, ¡qué epopeyas! Napoleón tiene sus poemas; el poeta tendrá sus batallas. ¡Dejémoslo, pues, venir, al poeta! y repitamos ese grito sin cansarnos nunca. Dejémosle salir de las filas de esa juventud, dentro de la cual su frente se halla sumergida todavía en la sombra, á ese predestinado que debe, combinándose algún día con Napoleón según el álgebra misteriosa de la providencia, dar completa al porvenir la fórmula general del siglo XIX.